

HÉCTOR J. IÑIGO CARRERA

### **Sociedad, trabajo y cuestión nacional**

Un conjunto de “arbotantes” políticos intentan durante los años 80 del siglo XIX, orientar a la Argentina hacia objetivos enunciados como de “modernidad”. El desenvolvimiento de este cierto “proyecto” es conmovido en 1890, por una grave insuficiencia de respuestas adecuadas a varios acuciantes desafíos. La compleja situación histórica de lugar, tiempo e intencionalidades en pugna, causa la crisis.

La ciudad de Buenos Aires, epicentro de la conmoción, así como los alcances de la misca en el resto del país, no experimentan un problema de simple y mecánico condicionamiento económico. Tampoco sufren con similar simplismo un conflicto puramente de grupos, partidos o fuerzas políticas. Por cierto, en ese 90, hechos e ideas económicas y políticas actúan con clara incidencia. Pero lo hacen a través de un tejido histórico de trama rica, complicada, vital y totalizadora. Tejido en que se expresa la cultura de la Argentina desenvolviéndose por entonces en un proceso de lucha por su institucionalidad moderna con identidad soberana. El mundo del trabajo, con sus protagonistas, carencias, conflictos y profundas gravitaciones, manifiesta la proyección histórica de la comunidad como cultura.. Allí convergen, aun con sus diferencias y discrepancias, trabajadores autóctonos y de inmigración, si bien con presencia mayor de los segundos. Una conjunción de valores transmitidos por vía familiar y de las instituciones intermedias, viene desde tiempo atrás superando obstáculos en un segundo “mestizaje” de “criollidad”. Esta fusión genera o alimenta la identidad nacional, por “mezcla” que mediante el triunfo de la tierra, compone una síntesis dinámica, nueva y diferente a cada uno de los elementos nativos o foráneos que la integran. La sociedad de la ciudad porteña y hasta de su incipiente entorno metropolitano, refleja combinados con su estratificación, crecimiento, movilidad y choque, fuerzas claves del problema nacional. Problema raigal, englobante y principal. Hay una cultura del trabajo y una cultura de la renta, que en cierta forma y medida se aproximan, chocan o coinciden. La primera viene transformando la realidad con un protagonismo prioritario, vertebral, reflexivo y ético, con ideas y sentimientos, sobre valores de justicia y verdad no utópicos. Existe un movimiento obrero, mentalidad joven y no clase social, que más allá de todo ideologismo, entiende que el trabajo une por su esencia más que divide, y que es el capitalismo culpable de la ruptura de esa “solidaridad” y la degradación del hombre como sujeto del trabajo. Y pese a los enunciados internacionalistas, crece una idea de “nación” y a la vez de “pueblo”, expresando una comunidad humana, particular, aunque en formación, producida y sostenida por el trabajo humano y unificada en el significado cultural de dicho trabajo. Los profundos lineamientos históricos nacionales del autonomismo proto-radical de Alem, así como los aspectos afirmativos de nuestra identidad registrables en el orden liberal-conservador y en otras corrientes, no pueden comprenderse adecuadamente, sin considerar la vida de las mayorías trabajadoras. Esa vida es parte fundamental de la sociedad en la que estallan la crisis y la Revolución del 90. Porque en ella se interrelacionan comunidad, trabajo y la entrañable y diacrónica particularidad nacional. Todo ello se nos manifiesta como parte del tema de la cultura y la identidad argentinas que reclama comprender que esta “cuestión nacional” es causa y motor de nuestra historicidad, a la vez que raíz honda de la crisis del 90.